

papel de intermediario por un razonamiento análogo. Una victoria de Mao Tse Tung podía conducir a colocar China bajo la influencia política y colonial de la Unión Soviética y cerrar las inmensas posibilidades de mercado y fuente de materias primas que el país asiático comenzaba a ofrecer a la industria y las inversiones norteamericanas. Conocedores de la fuerza militar de los comunistas, que les daba mayores posibilidades de victoria, y de la debilidad del régimen Kuomintang, quisieron salvar lo salvable presionando sobre Chiang Kai-shek en distintas ocasiones hasta obtener una colaboración que se prolongó, con eclipses, en varias etapas. Es probable también que ya en aquella época, inmediata al fin de la segunda guerra mundial, albergaran algunas dudas sobre la solidez de la solidaridad entre los dos Gobiernos y partidos de la Unión Soviética y China. Por lo que hoy se sabe, tras levantarse el telón sobre sus profundas divergencias, Stalin no hacía demasiado secreto ya en aquellas fechas de sus sospechas sobre el deseo de Mao Tse Tung de independizarse de la tutela soviética y de elegir su propio camino hacia el comunismo. Los norteamericanos —especialmente el general Marshall— se colocaban anticipadamente como

PEKIN, EN LA ONU

Desde el momento en que la resolución norteamericana, que considerada «cuestión importante» —y, por tanto, la mayoría de dos tercios de los votos para su aprobación— la expulsión de China Nacionalista de las Naciones Unidas fue derrotada apareció claramente que la proposición albanesa sería la vencedora. La cuestión radicaba en determinar el margen de votos positivos, detalle que, sin embargo, sólo revestiría un interés para la pequeña historia.

La decisión de China Nacionalista de abandonar voluntariamente la ONU, instantes antes de comenzar la votación, para evitar la expulsión oficial, simplificó considerablemente el problema. Los setenta y seis votos a favor de la propuesta albanesa fueron más de los que se esperaba; sin duda, porque algunas naciones, al abandonar el Régimen de Formosa la ONU, no consideraron necesario marcar un voto negativo de hostilidad. Treinta y cinco países, sin embargo, mantuvieron su postura frente al Régimen de Pekín. Otros diecisiete se refugiaron en la abstención. Y tres no participaron en la votación: las Maldivas, Omán y China Nacionalista.

Quizá este análisis somero de los resultados, aun siendo estrictamente numérico, ayude a comprender algo el resultado. Ha sido la decisión de China Nacionalista de retirarse antes de la votación —que consideraba perdida por un escaso margen—, lo que ha aumentado el número de votos a favor de la propuesta albanesa, que no ha sido, pese a ello, tan rotunda como podía suponerse, dado el cambio de situación. Aun sin China Nacionalista en el salón —y por tanto, con el resultado ya previamente decidido—, cincuenta y cuatro países no ven con buenos ojos o son hostiles a la presencia de la China Popular en las Naciones Unidas.

Hay que agregar una opinión muy generalizada: el factor decisivo en la victoria de Pekín han sido los propios Estados Unidos. La estrategia a adoptar fue dispuesta entre Washington y Pekín. Los norteamericanos salvarían su prestigio apoyando a Formosa, pero no lo suficientemente a fondo para mantenerla en la ONU. A cambio de ello, el viaje de Nixon a China se efectuaría bajo los mejores auspicios.

candidatos al beneficio que pudiera derivarse de una ruptura entre los dos polos comunistas. O, al menos, tomaban sus precauciones para el porvenir.

LOS AÑOS DE CRISIS

Incluso en los años de crisis que siguieron a la victoria de Mao y a la creación de una China Nacionalista replegada en la isla de Formosa, con la que Washington concertó compromisos de orden militar y económico muy difíciles de renegar, esas esperanzas de hacerlos compatible con una normalización de relaciones con Pekín no desaparecieron del todo. Washington no renunció a la idea de un entendimiento con la China de Mao, entre otras cosas, considerando que un sistema multipolar de fuerzas políticas mundiales sería más flexible que el bipolar —Unión Soviética, Norteamérica—, con sus riesgos de choque. Una buena prueba la encontramos en las conversaciones de Varsovia entre los embajadores norteamericano y chino, que han venido celebrándose con varias pausas desde largos años, con el único objetivo visible de mantener una zona de contactos, sin la cual ni habría sido posible el sorprendente anuncio del viaje de Nixon a Pekín.



Momento histórico: Los delegados de Formosa abandonan la ONU.